

Orígenes, de Gregorio Martínez

FÉLIX TERRONES

El 2017 nos sorprendió con el fallecimiento de Gregorio Martínez (Coyungo, 1942), una de las voces narrativas peruanas que, a lo largo de libros en los que mostraba un estilo único, donde articulaba oralidad con cultura enciclopédica, supo dar espesor a un lugar real —aunque desde su literatura adquiría consistencia literaria— Coyungo, pueblo donde nació, al que elevó a la categoría de mito literario. Todo ello sin olvidar el erotismo con el que, desde *Canto de sirena* (1977), enfatizó los cuerpos y su poder subversivo, en una propuesta estética donde lo popular, con todo su exceso, vitalidad y espontaneidad, interactuaba con la historia y el arte occidentales. No los oponía sino que, sin mezclarlos, los modulaba en una propuesta literaria intensa y original, donde lo cósmico y lo genital se aliaban con fuerza.

De hecho, como muy pocos autores en nuestras letras, Martínez dio forma a un estilo donde el erotismo es sinónimo de experiencia total y abarcadora. Felizmente, el autor dejó una especie de testamento literario inédito, titulado *Pájaro pinto*, del cual *Orígenes* (Peisa, 2018) es la primera entrega.

El libro, que no me atrevo a llamar cuento, ni novela o memorias, se despliega alrededor de quince secciones, acompañadas de un exordio y una breve sección final. Es precisamente en el exordio que, entre bromas y veras, la voz narrativa propone una definición de lo que es *Orígenes*: “Más que un relato de ficción, quizá este sea solo un texto de fricción, un almanaque, una piedra de toque” (p. 23). Además de definir en función de lo que no es, Martínez explica por medio de imágenes que, en su sucesión, manifiestan el carácter heteróclito de su texto. Esto le permite afirmar sin hacerlo, así como subrayar la imposibilidad de clasificar un escrito que es a la vez testimonio, mistificación, alegato y acrobacia sin malla de seguridad. Hablar de lo que es el libro lleva a detenerme en el personaje principal, esa especie de nativo del universo, aborígen cosmopolita, que es Toribio Cutipa, *alter ego* de Gregorio Martínez. Su aparición se relata en el siguiente pasaje:

En la polvorienta ranchería de Coyungo, lejos de Nasca, Toribio Cutipa había nacido así, *runtomacho* congénito, hecho en el acto un mismísimo pájaro pinto, aunque nunca jamás tan vistoso como lucía en el monte, entre los guarangales, el majestuoso pájaro carpintero, real pico de marfil, tricolor, pariente del extinguido *ivory-billed* de los manglares de Louisiana



Orígenes. Pájaro pinto

Gregorio Martínez
Peisa
Lima, 2018
252 pp.

que todavía sobrevivía en Coyungo, su último reducto, pájaro hirsuto y picudo, ordinario y corriente, más bien a imagen y semejanza del rojinegro martín pescador, pájaro color lucacha, pesquisidor más de camarón dormido que de liza pejebala (p. 25).

Como se desprende de la cita, el gran *leitmotiv* de *Orígenes* es el nacimiento. De hecho, para que el lector pueda asistir al nacimiento de Toribio Cutipa, tiene que haber dejado atrás numerosas páginas del relato. En la misma vena de autores como Günter Grass, Machado de Assis y, desde luego, Laurence Sterne, Gregorio Martínez propone toda una narrativa del nacimiento de su personaje, especie de Gargantúa costeño, en la que el lenguaje elabora historias, reflexiones, teorías, aplazando el momento único del alumbramiento. El lenguaje como momento previo al nacimiento, la escritura como antesala de la existencia: el cuerpo del texto está hecho de elucubraciones vitales, desafortadas y digresivas, que van anunciando algo que no se cristaliza del todo y que el lector esperará hasta el segundo tomo, titulado *Canícula*, para conocer.

Si *Orígenes* hace pensar en grandes textos de la literatura que la convención denomina universales es porque plantea una manera bastante personal de dialogar con la tradición. Si ya mencioné el carácter proteico e inclasificable de su forma, como muchas de las grandes creaciones literarias, me parece conveniente hacer un apunte en cuanto a su horizonte de enunciación. Porque la literatura de Gregorio Martínez no enuncia desde esa subalternidad tan actual de gran parte de la literatura latinoamericana, fascinada con literaturas más “prestigiosas”. Nada más alejado del propósito estético e ideológico de Martínez que mimar expresiones literarias a las que se buscaría igualar pero que, antes que nada, se imita mal y extemporáneamente. Lo mismo que en libros como *El pez de oro*, de Gamaliel Churata, aunque respetando las singularidades de cada uno, en *Orígenes* estamos frente a un texto que en su sincretismo opera una inversión significativa. Ya no se trata de seguir un modelo importado, sino de ser original en la circulación de las estéticas a nivel global, cristalizar una propuesta abarcadora. Recuerdo, en ese sentido, lo escrito en *Transcultura narrativa de América Latina* por Ángel Rama, quien sugiere que lo genuinamente latinoamericano sería aquella consecuencia de una cosmovisión, una lengua y una técnica que obedecieran al esfuerzo de descolonización espiritual. Pese a haber escrito esas líneas hace casi cuatro décadas, cuando pensamos en Martínez, además de su actualidad, descubrimos que hay autores que todavía plantean su literatura como un espacio de agónico y creativo combate.

Gregorio Martínez falleció en Arlington, Estados Unidos. Pese a haber pasado una gran parte de su vida en este lugar, el también autor de *Tierra de caléndula* decidió que sus cenizas reposaran en la plaza de Armas de Coyungo. Asimismo, la escuela de este centro poblado, cerca de río Grande, se llama “Gregorio Martínez”, cómo no. En una carta al peruanista francés Roland Forgues, Gregorio Martínez le contó que un tal doctor Maguiña le había escrito solicitándole autorización para que la Biblioteca del Poder Judicial de Ica llevara su nombre. “Prácticamente lo envié pal carajo”, termina la anécdota en su carta. Lo que todavía no ha terminado es la publicación de *Pájaro pinto*. Toca esperar que se cierre la historia, que llegue a su silencio final —que no es muerte, sino recuerdo— la voz de ese autor tan insobornable como imaginativo que fue Goyo, hijo dilecto de “la polvorienta ranchería de Coyungo, lejos de Nasca” (p. 25), como está escrito en *Orígenes*.